

# Editorial

En muchas oportunidades los psicólogos afirmamos que nuestra disciplina es la profesión del Siglo XXI, por cuanto el ritmo de vida de nuestras sociedades modernas altamente complejas, definitivamente tecnologizadas, provocadora de cambios vertiginosos, etc., son la causa de altos niveles de stress personal y familiar donde ya es una realidad el aumento de las enfermedades y problemas psicológicos asociadas a la Salud Mental.

Sin embargo, es relevante constatar que estos resultados presentes en la vida cotidiana de todas las personas, se viven de manera diferenciada en nuestros países latinoamericanos en relación a los países desarrollados o en relación a otros países del Tercer Mundo.

¿Por qué?

La modernidad, el próximo siglo, la globalización, la informática, etc., nos sorprende de forma diferenciada a unos y otros. Cada familia, cada población, cada grupo social, cada país, cada individuo enfrenta este terremoto Socio-Tecnológico recurriendo a las habilidades y matrices de que dispone en un momento determinado. Algunos son francamente sorprendidos y otros, los menos, alcanzan no sin dificultad la adaptación y la integración.

Indudablemente exitosos resultan los países desarrollados, quienes son los que conciben el cambio y quienes lo determinan en base a sus necesidades e historia, pero el resto, los países de la periferia, más bien nos adaptamos o sufrimos una seria alteración psicosocial.

Vivimos esta modernidad de forma fragmentada, ciertos segmentos sociales alcanzan a incorporarse al proceso, profesionales, las elite políticas, poblaciones de mejores recursos socio-económicos... pero, y qué pasa con la mayoría, con los sectores de menores recursos, qué sucede con los campesinos, los mineros, los pescadores, con los pehuenches...

De allí que se señale que nuestros países se caracterizan por tener una dualidad en el desarrollo, existen sectores modernos y sectores atrasados. Es como tener en una misma familia una parte que viva en la ciudad y otra en el campo, unos profesionales y otros trabajadores, unos que usan un vehículo último modelo japonés, y otros que transitan a pie o en bus, algunos estudiando en un colegio privado y otros en colegio público, unos pobres y otros ricos. Es decir vivimos de manera distorsionada, de manera fragmentada.

Lo señalado apunta a indicar que el siglo XXI, la modernidad, no es para todos igual; algunos la disfrutan y la perfeccionan y otros más bien la sufren.

Cabe plantearse entonces, cuál es el rol que le compete realmente a la Psicología, cuál es la orientación esencial que debiera tener la formación universitaria de los psicólogos, cuál es el rol de la investigación.

¿Acaso hacemos cargo del stress social que produce la modernidad y recomponer a los individuos y a la familia para adaptarlos mejor a esta vorágine de cambios... ser un gremio especializado en contener la angustia de la gran mayoría afectada... cumplir una función social de mitigadores de los problemas de Salud Mental?

Temas de discusión y análisis. No obstante resulta pertinente, en el breve espacio disponible, plantear entre muchas interrogantes al respecto, la necesidad de revertir, de invertir la relación. ¿Qué se quiere decir con esto? La relación básica de nuestra sociedad, las latinoamericanas, está orientada de modo jerárquico, de arriba hacia abajo, centro-periferia, gobierno y base social, cúpulas partidarias y militantes, países desarrollados y países subdesarrollados, ciudad y ruralidad, profesionales exitosos y muchos otros frustrados. Es en esta relación en donde se produce la fragmentación, la discriminación, la marginación, los estereotipos; en esta relación es que se reproduce el círculo vicioso que vuelve a gatillar el mismo sistema, para vivir en realidad una pseudo modernidad, una modernidad alterada y destructiva.

Interesante sería que nuestra disciplina, la Psicología, hiciera un aporte a los procesos del próximo siglo, al próximo milenio y que mejor si su trabajo su energía se orienta a producir una relación horizontal, donde unos y otros se encuentren en el mismo lado. Una relación que nos permita la confianza suficiente para mostrar quienes somos y poder escuchar quienes son los demás. Una relación donde el desarrollo de un país no sea sólo lo económico, sino lo social, lo cultural, donde podamos como investigadores del conocimiento descubrir los mecanismos del encuentro intercultural, intergrupar, y en vez de trabajar por el desencuentro o de como vender mejor, avancemos con una Psicología que pueda fortalecer nuestra identidad.

Somos un continente joven, un país joven, entonces demos cuenta de ello. Innovemos la relación, aprovechemos la riqueza de nuestras culturas, la diversidad de nuestros grupos sociales, la variedad de sugerencias y propuestas de los jóvenes, la historia y la sabiduría de nuestros viejos.

Desarrollemos la ciencia Psicológica no para adaptarnos a la modernidad sino para recoger de esta lo que nos es útil para el beneficio de nuestra gente, en función de un intercambio intersubjetivo que potencie nuestro verdadero desarrollo social hacia el próximo milenio.

Bien, en la confianza que la revista del Departamento de Psicología dé algunos pasos en la construcción de un espacio de relación horizontal, que permita el encuentro de diferentes inteligencias, esperamos con este número aportar hacia el estudio, reflexión y creación de un salto cualitativo propio.

Germán Rozas Ossandón  
*Director*